

Obispo que después ha sido investido de la púrpura romana. Vosotros los que odiáis, no tengáis esperanza; vosotros los que amáis, no tengáis miedo. Francia, que ha hecho á Dios el voto, no hará quiebra.

VI

No quiero olvidar que esto es una anécdota, y que tengo que seguir narrando. Juan y el hermano entraron en la iglesia parroquial de Montmartre cuando tocaron á misa de ocho. Yo no les seguí. Habíame despertado el apetito el aire de la colina, y me senté á la mesa de un figón que había en la plazuela misma de la iglesia, á tomar una taza de café con leche. Nadie había allí en el momento en que me la servían. Recuerdo que pensaba en Juan, y más aún en el hermano, con ese sentimiento especial que ya he descrito, mezcla de compasion y de envidia. Era yo entonces un hombre feliz, según el mundo, sumamente feliz, y mi vida me llenaba de orgullo. El mundo era mi dueño, y me tenía amarrado muy corto. Mis esperanzas todas, sin excluir

las que se referían á mi familia, á quien tan tiernamente amaba, tendían hacia el mundo; y, sin embargo, la figura del hermano me parecía brillante; conocía hasta qué punto oscurecía la mía.

Después de aquel joven tan extraño al mundo, nacido en cierto modo en el servicio de Dios, se me representaba Juan, pobre viejo pecador, arrodillado en las losas de la vetusta iglesia. Juan era una de esas personas que parece que todavía se las ve cuando ya no están presentes.

¡Qué hacía yo con aquellos dos hombres tan diferentes de mí? Trato ahora de averiguar, interrogándome á mí mismo, si creía ya entonces que la suerte de ellos era mejor que la mía; pero me parece que no; mi hora estaba todavía muy lejos.

Mientras yo tomaba mi refrigerio, llegó gente. Gente pobre, pero alegre y de buen carácter: eran obreros sin trabajo que volvían *secos* de la plaza de Clichy, donde habían estado de planton inútilmente. Sentáronse cinco ó seis á cada mesa para beber un vaso de vino y comer un bocado de pan. Quejábanse de la huelga de aquel día, pero sin impacientarse. Aunque ninguno de ellos era politicastro, sabían las noticias del día, y hablaban como de cosa corriente de la «asonada» de los diputados que iban á venir en procesion á bendecir á Mont-

martre. La cosa les parecía, más que nada, ridícula. Había allí muchos á quienes les pasaba lo mismo que á Thiers, que no tenían nada contra Dios.

La mayor parte consideraban el hecho desde el punto de vista de *la obra*, que iba á andar abundante, y ciertamente no dejaban de estar en su derecho. Según los mejor informados, los cimientos de la basílica debían tener justamente la misma profundidad que el pozo de Grenelle, y, aunque estaban á cincuenta pasos del primer trabajo de sonda, afirmaban que este agujero tenía ya trescientos metros de hondura. Todo lo demás que decían era así al símil en punto á exactitud. A través de su plática, en la que se bosquejaba la buena fe, los millones rodaban como las olas del mar; porque en el tejido de contradicciones que forma la opinion de las turbas, la religión es una cosa muerta de consunción, y capaz al mismo tiempo de conmover las montañas. No se cree en los milagros que la religión proclama, pero se la acusa de muchos milagros que nunca ha proclamado. ¡Este cadáver hace cosas admirables!

Cuando yo concluía ya mi desayuno, aparecieron dos figuras muy diferentes de las otras, repugnantes las dos y desarrapadas: eran un hombre, joven aún, y una mujer vieja, con la mejilla derecha tan hin-

chada por un golpe reciente, que no se la veía el ojo. Caminaban á bastante distancia el uno del otro, diciéndose improprios.

— ¡Mirad á Chamoin, que acaba de zurrar á su presidente!—dijeron á mi lado.

Y todos se echaron á reir.

Comprendí desde luego que la vieja del ojo hinchado era el presidente de Chamoin. Tenía la tal muy mala traza, y aunque era fea y repugnante, mostraba en su porte ciertos conatos de coquetería. Detúvose á la entrada de una callejuela, y empezó á dar desaforados gritos, llamando á alguien que no veíamos:

— ¡Bastían, Bastían!

— ¡Nada de golpes, Bastían!—dijo Chamoin, como quien está acostumbrado á hacer frases.

Y continuaron las risas.

La vieja gritó llena de coraje:

— ¡No, pues como yo te vaya á buscar.....!

Chamoin se sentó, rehusó el vaso de vino que le ofrecían, y pidió una copa de ajeno.

En seguida se puso á perorar. Era un charlatán con la cabeza llena de frases pescadas en el revuelto mar de las calumnias. He conocido periodistas del mismo trapío, y aun «personas respetables,» pero menos fuertes que él; porque éste tenía chispa

y un lenguaje gracioso, y cierta hombría de bien tan pronunciada, que emborrachaba á sus oyentes. Excusado es decir el tema de su sermón: llevaba en la mano un número del periódico *El Sus*, con la noticia del voto *clerical* de la Asamblea.

— Hé aquí,—dijo agitando el periodicucho mal impreso,—uno siquiera que no oculta su opinion política. Los demas se llaman *El Pueblo*, ó esto, ó lo otro, ó lo de más allá; pero éste, lo primero que demuestra es de lo que trata: *El Sus* (1). Yo conozco á uno de sus redactores, y hé aquí su manera de pensar: «Para tener suses no hay más que adular á los que no los tienen.»

Tras de este exordio, que tuvo favorable acogida, porque el obrero, aunque la cosa sea verdaderamente extraña, nó se forja más ilusiones respecto de sus escritores que de sus representantes, Chamoin empezó á hincarle el diente al pastel, á la verdadera golosina, un poco hueca y algún tanto averiada, por estar de muestra en el escaparate de cualquier pastelería revolucionaria, pero siempre, siempre apetitosa; me refiero al inagotable *capítulo de los cuervos*. No tenía inventiva Chamoin; no hacía más que traer

(1) Moneda de cobre de cinco céntimos de franco, de que es copia fiel nuestro llamante *perro chico*.—N. del T.

á colacion todas las piltrafas del odio, pero bien revueltas en ensalada, y sazónándolo todo con una sátira llena de buen humor. Esos detestables *cuervos*, cuya infamia inaudita llega hasta el punto de dar al pobre los suses que le quitan los rojos, fueron pintados por él de mano maestra. No podía yo menos de admirarle, y su peroracion, en la cual instituyó con los millones del SAGRADO CORAZON confiscados por el Municipio, una caja de capitales para los obreros, que ya no tendrían que trabajar, fué elevándose de tono con brío sorprendente hasta su última palabra, que recomiendo á los que se asustan de cualquier cosa:

—El asunto es éste—dijo Chamoin para concluir:—á la derecha los hipócritas viles que os predicán el sufrimiento; á la izquierda la gente alegre que os habla de gozar: la eleccion no es dudosa.

Lo cual sería verdad, mirada la cosa de tejas abajo, si esa *gente alegre*, en materia de goces, diera jamás otra cosa que la miseria.

Calló Chamoin, y oyóse la voz de un niño que lloraba en la calleja, donde la mujer del linternazo en el ojo había entrado amenazando al hasta entonces invisible Bastián. Casi inmediatamente después se la vió salir trayendo medio á rastra una pobre criatura que daba pena, aullando de dolor. Bas-

tián podría tener unos diez años, y no era más que unos huesos deformes dentro de un andrajo. Su aspecto excitó un movimiento de compasión en las mesas de los obreros, y alguno dijo:

—Debías atar corto á tu presidente, Chamoin.

Este, algo avergonzado, respondió:

—Verdad es que es mala; pero la irrita el tener á su hijo tan enfermizo.

En este momento aparecieron en la puerta de la iglesia Juan y el hermano, que salían ya de misa. La harpía estaba exasperada; al ver al hermano dió un fuerte empujón hacia adelante al pobre Bastián, y gritó con voz temblorosa de furor:

—¡Mirad, mirad cómo nos ponen los cuervos á nuestros hijos!

La exclamación hizo efecto entre mis vecinos, y más cuando Chamoin añadió:

—¡Apuesto á que esos manos largas le han pegado!

El hermano, en tanto, bajaba á la plazoleta y se dirigía hacia el pobre Bastián, que, cambiando el lloro en tierna sonrisa, le tendía los brazos.

Los obreros, al ver esto, empezaron á cuchichear, pero es su esclavitud muy rigurosa. Casi nunca se atreven á escuchar lo que les dice la inteligencia ni lo que les dice el corazón. La mentira ha edifi-

cado para ellos de cal y canto la fachada de una religión que tiene dogmas tiránicos, y en la que los hombres llevan un yugo como los bueyes...

Hubo, sin embargo, uno entre ellos que murmuró:

—Este de veras es bueno: le conozco mucho.

Y otro añadió:

—Es el inválido del sitio.

Mas estas frases tímidas no tuvieron eco.

La escena que á esto siguió fué verdaderamente característica, y no se me borrará de la memoria.

La vieja conocía también al hermano, pues se retiraba hacia nuestras mesas conforme el hermano se acercaba á ella, y arrastraba consigo al pobre Bastián, que pugnaba por agarrarse á la sotana del religioso. Este no dijo más que estas palabras:

—Sé bueno, Sebastián, hijo mío; ama á tu padre y á tu madre, que Dios te lo premiará.

Cuando la vieja llegó reculando hasta las mesas, dijo á su marido:

—¡Vámonos de aquí!

Y Chamoin se levantó. También él conocía al hermano, y andaba huyendo de él con la vista. Cogió en brazos á su hijo, que probablemente haría ya mucho tiempo no se había visto en otra, y se fué sin decir una palabra.

—Son unos infelices—dijo el hermano, sin separar de ellos su mirada compasiva.

Un obrero que había apurado ya su vaso, se llegó entonces al hermano, y le dijo:

—Hay aquí quien ha estado en Champigny... allí le han visto á usted. No hay traje que pueda ocultarlo... Usted tiene mucho *de esto*.

Y dándose unas palmaditas sobre el corazón al pronunciar las últimas palabras, volvió la espalda, añadiendo:

—Los Chamoin no son buena gente.

No hubo más. Las mesas quedaron desiertas en un abrir y cerrar de ojos.

¡Ah! Es dura su esclavitud, muy dura. Tienen el corazón recto, son honrados, conocen que el hermano tiene mucho «de esto,» mucho corazón, conocen que los Chamoin no son buena gente... Pero huyen del hermano como de la peste, y se van con Chamoin.

¿Por qué? ¿Acaso Chamoin les dará el bienestar de que él mismo carece por completo? Quizás tengan en él un poco de esperanza: ¡tan niños son!

Pero hay otra cosa.

Por los ojos de Chamoin les está mirando un poder oculto, y tienen miedo.

VII

En el coche de alquiler á que hicimos subir al hermano para volverle á la casa-matriz, quiso Juan saber lo que yo había visto y oído en el figon mientras él estaba en misa, y se lo dije. Había yo recibido muy mala impresión. El hermano se mostró muy discreto, como era su deber; mas ciertas frases recogidas al rededor de las mesas, me dejaban entrever que aquel Chamoin y su mujer se encontraban entre los siniestros actores del drama de la calle de Scribe.

—El voto nacional—dije yo—es una gran cosa, pero es una gran cosa que no es de nuestros tiempos. La basílica no llegará jamás á edificarse, y si llegara á ser edificada, será destruída. Es un reto demasiado atrevido lanzado al rostro de la victoriosa coalición formada por la duda, la incredulidad y la indiferencia. Ustedes mismos proclaman que todos los que no están con ustedes, están en contra. Pues bien; en este siglo de medias tintas, de compromisos, de amalgamas, de atenuaciones y de aco-

modamientos, en que toda criatura humana comercia con el deber, discute el sacrificio y se condena inteligentemente y según las reglas de la más exquisita prudencia, esa divisa de ustedes es una divisa desastrosa. Las filas de ustedes se enrarecen, mientras que las de los enemigos se hacen cada día más compactas, merced á la divisa opuesta. Porque ellos dicen: «todos los que no están contra nosotros, están con nosotros,» y este sí que es en el fondo el espíritu del Evangelio. De este modo ellos reclutan todas las bajas de ustedes; y yo, que estoy entre los dos campos, imagen viva de la imparcialidad, estoy viendo claramente que les dan ustedes motivo para que se rían. Al crear ese monumento se parecen ustedes bastante á un pueblo que hiciera tirar salvas y cantar el *Te-Deum* después de una batalla perdida. ¿Tienen ustedes muchos recursos de sobra que gastar? ¿No les quedan ya pobres á quien socorrer, para que arrojen ustedes la sustancia que ellos necesitan como pasto á ese fastuoso quemadero de incienso prodigado y perdido?

El buen hermano me miraba sonriéndose con cierta gravedad. Maravillábame yo de que Juan no me contradijera; pero Juan había cogido el devocionario forrado de franela y le andaba hojeando.

Yo por mi parte proseguí mi exposición, y por

supuesto, tenía buen cuidado de repetir al final de cada período que hablaba de aquella manera por el interés únicamente de la religion. Es la ley constante de toda murmuracion y de todo daño. Un destronamiento no puede hacerse en toda regla sino al grito de: ¡Viva el rey!

Había ya concluido con la imprudencia de la «manifestacion», preparábase á tronar contra el crimen inútil de semejante limosna prodigada irrisoriamente á la riqueza de Dios delante de la miseria de los hombres, y es seguro que hubiera podido continuar muchísimo tiempo hablando en el mismo tono, sin que se me agotara la vena, cuando la mano de Juan cayó de golpe sobre su libro abierto.

—Escucha—me dijo.

Y leyó en alta voz la parte del Evangelio de San Juan que se lee el lunes de la Semana Santa: «Seis días antes de Pascua llegó Jesús á Bethania, donde había muerto Lázaro, á quien Él mismo había resucitado. Diéronle allí de cenar, y Marta servía la mesa, siendo Lázaro uno de los comensales. Marta por su parte tomó una libra de unguento de nardo de preciosísimo perfume, y ungió con ello los pies de Jesús, limpiándolos y enjugándolos en seguida con sus cabellos: y toda la casa se llenó de olor del unguento. Y en esto uno de los discípulos, Judas

«Iscariote, que era el mismo que había de entregar
 »á Jesús, dijo: ¿Por qué no haber vendido este un-
 »guento en trescientos denarios y haber dado esta
 »cantidad á los pobres...?»

Juan volvió la hoja y prosiguió:

—Tal fué la palabra de Judas. Aquí tienes ahora
 la respuesta del Salvador en el Evangelio de San
 Marcos: «Dejad en paz á esta mujer; ¿por qué la mo-
 »lestáis...? Ha hecho lo que ha podido: ha ungido y
 »embalsamado con anticipacion mi cuerpo para la
 »sepultura. Y os digo la verdad, que donde quiera
 »que fuere predicando este Evangelio en el univer-
 »so mundo, la accion de esta mujer será contada
 »en su alabanza...»

El hermano besó la cruz de su rosario: yo quedé
 mudo: Juan cerró el libro.

—¡Es bellissimo!—dije yo después de un momento
 de silencio.

—¡Cállate!—murmuró Juan, que rezaba.

VIII

Poco despues continuó:

—Lo de Dios todo es hermoso. No alabes sola-
 mente el esplendor de su palabra con tus juicios de
 poeta: contempla la hechura de sus manos; admira

la obra de sus misericordias; maravillate, prostér-
 nate... ¿Tienes realmente miedo por Dios, ó al me-
 nos por el santuario de Dios circundado de amena-
 zas y de odios? Es en verdad un sentimiento bueno,
 y quizás no esté yo lejos de participar de él; qui-
 zás abrigue yo tus mismos temores. Yo llevo tam-
 bién una tristeza en mi pensamiento; pero al mismo
 tiempo me dan ganas de reirme de ti, y de mí so-
 bre todo, porque nuestros temores no van bien di-
 rigidos. Lloremos por los hombres, y no más que
 por los hombres. En Dios todo es duracion; todo es
 fuerza. Nada peligrá en Dios ni nada muere. ¡Bah!
 no seas nunca prudente cuando se trata de Dios.
 Ámale si puedes sobre todas las cosas, y no le pres-
 tes jamás la proteccion de tu sabiduría. Judas inju-
 rió á la hermana de Lázaro en nombre de los po-
 bres, pero su indignacion era una mentira. Escucha
 á Jesús y da á Jesús, que es á la vez el más pobre y
 el más rico. Que tu perfume sea derramado hasta
 la última gota y se pierda á sus piés. ¡Tanto mejor
 si vale trescientos denarios ó mil ó cien mill

Tú vives en el siglo de los hombres sensatos, ra-
 cionalmente enloquecidos, de los sabios que no ig-
 noran nada sino el principio de toda ciencia; en
 medio de esos talentos ruidosos que se creen pro-
 fundos porque están huecos, y oyes á cada paso á

los corifeos de la duda lanzar á los cuatro vientos el constante grito de su estupor al ver á esas masas de creyentes, inmensas y sin intermision renovadas, emprender viajes sobre viajes sin otro objeto que ir en tropel rezando y cantando á adorar el corazon de Dios, á honrar á la Madre de Dios, á la madre de la Madre de Dios, á San Miguel Arcángel, y ¡qué sé yo!... á todo lo que es de Dios. ¿Piensas que entre ellos no hay doctores? Son millones de peregrinos, y van á cien y cien santuarios y ermitas tan humildes, que los comerciantes de popularidad no conocían ni por asomos sus gloriosos nombres; se arrodillan delante de los sepulcros de San Dionisio y de San Martín, de Santa Radegunda y de Santa Genoveva, en Tours, en Poitiers, y ¡oh vergüenza! en París, manantial de tintas que sirven para todo!... Beben el agua de Lourdes y el agua de la Saleta, desacreditadas por los médicos; traen consigo rosarios de la Saleta y de Lourdes; dan la vuelta de rodillas al rededor de la basilica de Santa Ana, y piden besando la tierra ante el Sagrado Corazon en Paray-le-Monial, no ciertamente el castigo de los que ciegos les aborrecen á ellos y á su religion y de los que triunfan sobre su propia desgracia, sino su vuelta á la felicidad y á la luz verdadera. Pues bien; ahí tienes que esos mismos peregrinos y otros

todavía más innumerables vuelven ya sus ojos hacia Montmartre, la colina escogida, desde donde el inmenso amor á Jesús va á descender sobre Francia en torrentes de bendiciones.

¡Así lo creen! ¡En 1873!

Este hecho, ¿no te da en qué pensar?

Van á venir, ya vienen; y el templo del Voto Nacional, cuyas raíces penetrarán en la tierra más profundamente que las de los cedros del Líbano, no existe todavía más que en esperanza. ¿Qué será cuando nuestro Arzobispo haya sembrado la bellota de piedra, de la que ha de surgir y elevarse el árbol con todas sus ramas? Entonces vendrán á centenares. Y cuando los primeros perfiles de la obra aparezcan sobre la cima de la montaña, les verás venir á miles; y cuando el primer cántico resuene dentro de la nave sagrada, el monte todo entero, de la falda á la cumbre, se verá materialmente erizado de actos de fe vivientes.

Yo sé que ha de suceder todo esto: oigo en el porvenir resonar la sinfonia pacífica que consagre al corazon de Dios el corazon de mi patria: este es para mí el grito de resurreccion que sube, más agudo que nuestros dolores, más hondo que nuestras ignominias y vasto como nuestras esperanzas, hasta el cielo, que invade, lanzado por millones de pe

chos. Estos tumultos de fervores rinden á la Providencia.

Existen, tú lo has dicho, serias amenazas en medio de estas consoladoras promesas. ¿Pero acaso tú solo acabas de descubrir esta mañana la batalla que se viene librando desde hace casi diez y nueve siglos entre Cristo y Belial? Sabemos que nuestro enemigo se prepara al asalto; hase vanagloriado de su fuerza y ha insultado nuestra debilidad; pero ¡loado sea Dios! el triunfo tiene para nosotros dos fases, una de las cuales es la del martirio, y triunfamos aún siendo derrotados: nosotros vemos la victoria en donde está realmente; en el cumplimiento, sea como fuere, de la voluntad divina.

Tenemos quizá nosotros en nuestras horas la misma vision que los profetas del mal. Vemos la ola de la impiedad venir contra nosotros como la marea que sube. Vemos la inundacion de la cólera cubrirlo todo. Nada resiste á esta muerte; los cánticos sagrados enmudecen; el templo se desploma; no queda del santuario más que un lienzo de pared, lo justo de alto y de ancho para que se arrimen los santos que van á morir. *Te Deum laudamus.*

¡Gloria á vos, Señor y Padre nuestro, gloria, glori-
al ¡Oh! ¡Gloria eterna á vuestro adorado nombrel
Tened piedad de esa corriente homicida que rueda

precipitada contra vuestros siervos. ¡Habeis muerto ¡oh perdon inmortal! por esas almas en plena demencia! ¡Tened piedad de los verdugos por amor á las víctimas... tened piedad hasta de Judas, si es posible!...

Y hasta teñed piedad ¡oh Dios, cuya misericordia no tiene límites! tened piedad de los amos de Judas, de los príncipes del pueblo, de los fariseos y los escribas poseedores de los números y de las letras, que son ricos, que son elocuentes, que son sabios, hasta el punto de que se les llame con el nombre mismo de la ciencia: «doctrinarios», y que combinan sin cesar el plan de la destruccion sin atreverse jamás á poner mano en ella.

Porque éstos no tienen más que un valor, el de la apostasía; su única audacia es la de mentir sin ruborizarse, y si hieren es desde lejos, sin ponerse á tiro, fuera de alcance, fuera de peligro, destilando por la palabra y por la pluma el veneno en que los verdaderos asesinos templen luego y afilen sus puñales...

Éstos, ¡oh Jesús dulcísimo! son mucho más culpables que Judas, porque éstos excitan á Judas y hasta le pagan. — ¡Ah! ¡En verdad que no le pagan muy caro: treinta dineros que Judas no comerá ni beberá, y de que los doctrinarios volverán á apro-

vechase después que Judas se haya dado la muerte!

Yo, por mí, me compadezco mucho del nuevo Judas, el miserable de los miserables, al paso que mi pecho estalla de indignacion cuando pienso en el crimen de los doctores, sus patronos; pero Vos, ¡oh Dios mio! tened piedad hasta de los doctores.

Y en tanto, Señor, ¿cuál de estas dos fiestas presenciaremos? ¿La del bien, ó la del mal? ¿La inauguracion? ¡Gloria á Vos entonces! ¿La ruina? ¡Tambien entonces os sea dada toda gloria! Vuestros templos, Señor, claman á Vos dos veces: cuando se levantan y cuando se hunden. Más incienso hay siempre en las lágrimas que en las oraciones mismas; y la cúpula derruida que coronó vuestros altares, no está menos cerca de Vos en el polvo que en las nubes.

Vos habeis dicho, Señor, con palabra de verdad, que en cualquier parte del mundo donde fuere predicado vuestro Evangelio, se hará mencion de la prodigalidad de Marfa Magdalena en loor suyo. Así sea. La ganancia, la verdadera ganancia, Señor, el beneficio incalculable es aquel que se pierde á vuestros piés.

Nuestro voto tiene por objeto la expiacion. ¿Qué importa, pues, la manera como nuestro voto ha de cumplirse? Nosotros haremos cuanto esté de nues-

tra parte; mas á Vos toca realizar la obra. Es menester que la basilica brote del suelo como una alabanza de mármol y oro, y brotará. Es menester que crezca y que florezca para coronar á París, que corona el mundo. Es menester que su forma sea pura, y sus muros preciosos por la materia y por el arte. ¿Puede hallarse nada bastante bello para la casa de vuestro amor? Quisiera yo que fuese posible tallarla en un solo diamante, como que por ella han de correr los tesoros de la caridad infinita. No sería por eso ni demasiado consistente ni demasiado brillante para ser el dón de Francia, el homenaje que ha de vivir tanto como los siglos ó que se hundirá mañana hecho polvo en el primer temblor de tierra. ¡Sea, si á Dios le place!

¡Sea! ¡Y pueda en este caso ser la ruina bastante grande para valer todo el perdon de Dios!

Para esto, para esto sobre todo, que sea, ¡oh Jesús mio! incomparable en su magnificencia el palacio de vuestra ternura. ¡Que nada igualé su soberana belleza si ha de ser demolido por Judas, ciego y mercenario, asalariado por el crimen ilustrado de los doctores!

Demos, pues, los trescientos denarios de unguento, aun cuando hayan de derramarse por el suelo hasta la última gota. Dad con profusion los que ha-

beis recibido el temible depósito de la riqueza de que se os ha de pedir una cuenta tan estricta. Demos tambien los que somos pobres. Que la opulencia y la indigencia sean igualmente pródigas, á fin de que el *ex-voto* monumental de la Francia católica sea de plata maciza si ha de quedar en pié, y todo de oro si ha de ser derruido. Para dar lo que podamos, ¿tenemos acaso necesidad de saber si la maravilla dedicada al Corazon de Jesús le glorificará por largos años ó exhalará ante él de un soplo todas las piedades de su perfume como un incensario quebrado?

Lo que sabemos y lo que es cierto es que la bondad de Dios no tiene límites, que su reino viene á nosotros sin cesar, que su voluntad se hace eternamente, y que en el instante en que nuestra expiacion suba hacia él victoriosa ó vencida, su corazon divino la derramará convertida en bálsamo de gracia sobre la llaga por donde sangra el corazon de Francia.

¡Dad, venturosos; dad, desvalidos; dad todos, y dadlo todo para rescatar el alma de la patria!...»

Y diciendo estas palabras, nos tendió, entre grave y risueño, la mano abierta como los que piden. Obedecimos ambos inmediatamente á este man-

dato, y cayeron en su mano á un tiempo el *szs* del hermano y mi bolsillo.

Sólo que al buen hermano se le enaguaron los ojos, mientras que yo llamaba á Juan «fanático» por vengarme.

IX

Algún tiempo después fué visitado por la desgracia, al parecer muy cruelmente. Bajo la primera impresion del golpe, anduve vacilando al borde de la rebelion que mata.

Pero vine una mañana á arrodillarme en la capilla provisional del Sagrado Corazon, y fué salvo, recibiendo el beneficio de las primeras lágrimas.

Desde entonces creo, espero y amo. Soy feliz; sé rezar.

Hace quincé días terminaba la publicacion de *Pedro Blot* en la *Revista del Mundo Católico*, cuando supe, por el triunfante clamoreo de los periódicos hostiles á la religion, que las suscripciones á la obra del Voto Nacional iban enfriándose. Inmediatamente me ocurrió el pensamiento de añadir este prefacio á mi libro, no porque me lisonjee de po-

seer la menor influencia, sino con el objeto de crearme así una ofrenda que depositar sobre el altar del Sagrado Corazon.

Escribiendo luégo estas páginas, surgió en mí otro pensamiento. Según la palabra del mismo Dios, me dije, el que divulga el bien que ha hecho, ha recibido ya su recompensa en este mundo.

Y resolví entonces dar dos veces: primero, el salario de mi trabajo, y después, publicándolo, la futura recompensa, para tener el derecho de decir á mis amigos ricos: ¿Habéis dado? Pues dad otra vez ¿Habéis dado mucho? Pues dad el doble, porque es preciso imponer silencio á las burlas de los malos. Dad y divulgad vuestra dádiva, aun á riesgo de perder la recompensa. Levantad vuestra bandera, sostened el honor de vuestra fe. La pecadora fué perdonada porque su corazon estalló como un vaso demasiado lleno é inundó la casa de perfumes. Imitad este amor, superior á las prudencias humanas. Vosotros, la Francia católica, habéis hecho en vuestro arrepentimiento una promesa solemne al Corazon de Jesucristo: *Christo ejusque sacratissimo cordi Gallia penitens et devota*. Estáis en deuda. ¿Dejaréis que se ultraje á Francia y á su voto? ¿Dejaréis protestar su deuda? ¿Dejaréis insultar su penitencia y provocar el rayo?

Os hablan: oíd. No soy yo, que no soy nada; es el Sagrado Corazon, que lo es todo. Os llaman: levantaos y venid. El enemigo ha cantado victoria antes de tiempo, pues que ahí estáis vosotros prestos á dar lo que tenéis, todo lo que tenéis, más de lo que tenéis, y á daros por añadidura vosotros mismos, al Corazon que ama á los franceses, para rescatar á Francia.

